

y virtuosos. A cada uno da su quehacer, según sus talentos, y les pide luego cuentas estrechas. Y, en efecto, aquellas energías dispersas se van congregando en torno de la reina, porque Isabel ha sabido brindarlas con un ideal. Y así, el marqués de Cádiz y el duque de Medina, que hacían imposible con sus querellas la vida en Andalucía, acabaron en grandes amigos, uniendo sus espadas para bien de España y de la Cristiandad; a barrer, limpiar, adecentar, esta fué labor de toda la vida de Isabel en las órdenes religiosas y militares, en la burocracia, en el ejército. Hay momentos en que el haz de flechas de su emblema, se parece bastante a un objeto muy semejante, aunque menos noble: A una escoba.

Pero este papel heroico—todo en la vida de Isabel es heroico—lleva consigo toda una serie de dolorosas renunciaciones. El rey es ingrato con ella misma. El rey, tan amado, cada vez más amado, se cansa de la austera, de la honda dulzura conyugal de Isabel y busca solaz en infinidad de fáciles amoríos. Es el renacimiento con su concepto pagano de la vida. Isabel sufre de celos horriblemente, tanto, que años más tarde su hija doña Juana ha de disculpar su pasión con el ejemplo de su madre. Pero, aun en aquel trance cumple exactamente, heroicamente, con su deber. Si nota que Fernando se fija demasiado en alguna doncella de su Corte, sabe alejarla con un buen casamiento u otro expediente honroso; se rodea, dice Pulgar, de mujeres nobles, de edad madura y virtuosas costumbres. Y, probablemente feas, añadimos nosotros. Y una vez que ha hecho cuanto le ha sido posible, sabe perdonar y sigue amando, cada vez con más locura, al compañero de los azares y peligros de su juventud, el que la robó para siempre el corazón cuando, vestido de mozo de mulas, fué el héroe de la más estupenda novela de caballerías que se haya vivido en el mundo. Conmueven aquellos párrafos que dedica en su testamento al hombre que no tiene corazón: quiere que sus cuerpos reposen juntos, en la Capilla Real de Granada, para simbolizar la unión que tuvieron en vida y le deja sus joyas para que le sirvan de recuerdo perpetuo y le ayuden a bien vivir. Fernando no entendía aquellas sutilezas. Era rectilíneo y frío, como las aristas de un cristal.

• • •

Así llega Isabel cuando al-borea el siglo XVI, el gran siglo del Imperio, al ocaso de su vida y de su reinado. Bien puede, desde la terraza de su castillo de Medina, mirar tranquila su obra. Ella ha recogido todas las aspiraciones de la Castilla medieval, y ha dado realidad a todas. Castilla, desde los días de Sancho el Mayor, de Alfonso VII, sentía la aspiración a la unidad, y la unidad ha sido realizada. Castilla aspiraba a consumir la reconquista, a arrojar a los moros de España, y la cruz de plata del Cardenal Mendoza ha brillado sobre la Torre de la Vela. Desde los días de Enrique III, que envió embajadores a Tamerlán y navíos a Canarias, Castilla deseaba revelar los misterios del Océano, y el mar ha entregado ya sus mundos y no es la pos-

trera comarca de la tierra la lejana Thulé. Alfonso X había aspirado al imperio alemán, y ya está abierto el camino de la intervención española en el centro de Europa y ha nacido en Gandía el niño que ha de unir las coronas de España y de Alemania. Jaime el Conquistador, Pedro III de Aragón, han señalado a sus naves el camino del Mediterráneo, y en tiempo de Isabel se ha conquistado Nápoles y se ha establecido la supremacía española en Italia. La política española es una rosa de los vientos, abiertas a todas partes. Isabel no ha abandonado una sola de las direcciones que la marcaba la historia de su pueblo. Ciertamente, puede mirar tranquila su obra y su vida.

Pero, ¡a cuánta costa se conquista la gloria! Un buen rey, cumplidor de su deber, es un mártir, y la vida de Isabel ha sido un martirio. En tensión constante, sin un instante de reposo, siempre acuciada por un sentido terrible de responsabilidad, de esa responsabilidad que exigían a los reyes nuestros escritores del Siglo de Oro. Y luego, Dios envía grandes penas a las grandes almas y ha probado reciamente la de Isabel. Su pasión, son su marido y sus hijos. Su marido, le ha hecho probar las amarguras más grandes por que puede pasar una mujer enamorada. De sus hijos, muere el heredero, el príncipe don Juan; muere doña Isabel, reina de Portugal, en quien se hubiesen unido todos los reinos peninsulares. Doña Juana, la heredera, está loca de celos; doña Catalina, es una mártir, en un país lejano, en manos de ese monstruo coronado que mancha, con mancha de sangre y de grasa, la historia de Inglaterra.

Cuando se vive de esta manera, la muerte es una liberación, y la muerte, amiga de los buenos reyes, llega por fin a Medina, en el otoño de 1504. Isabel dicta su testamento, tan admirable que si no tuviésemos de ella otra cosa, él nos bastaría para conocerla. Entre una lluvia torrencial, su cuerpo es llevado a la Alhambra de Granada. Contemplad un momento su rostro en el supulcro que esculpíó para ella Domenico Fancelli de Setignano. Su cuerpo, laxo, revela un gran cansancio, pero su rostro resplandece de serena beatitud. ¿Será porque al fin tiene, sólo para ella, al esposo tan amado? Todas estas inquietudes pasaron con la vida, pero permanece eternamente la alegría de haber dado cima, dolorosamente, a un inmenso deber.

MARQUÉS DE LOZOYA

